

ANTONIO SMITH (*)

(HISTORIA DEL PAISAJE EN CHILE)

Por VICENTE GREZ

AL LECTOR:

Pocas historias mas simpáticas para ese pequeño mundo de literatos, de artistas y de bohemios santiaguinos que la de Antonio Smith: vivió tanto tiempo entre ellos, consagrado, mas que a los trabajos de su arte, a la charla fecunda y amena de los talleres; amaba con tanta pasión la molicie de esa sociedad de soñadores que levantan palacios y castillos con la misma facilidad con que se beben una copa de buen vino, que es imposible no se recuerde por mucho tiempo a ese espíritu poético y melancólico vaciado en un molde mefistofélico.

Al escribir esta ligera biografía del artista, no nos dirigimos a los jueces de mirada torva, ni a los hombres fríos y de una seriedad aterradora, sino a las gentes que sienten, que aman el talento y el arte, que perdonan las caídas del prójimo, sin mandar a presidio al delincuente, y solo tal vez en homenaje a las propias faltas.

Antonio Smith es una de nuestras glorias nacionales, una de nuestras escasas glorias artísticas, y al recordarle no podemos menos de enorgullecernos de haberle poseído. Es éste uno de los triunfos y una de las pequeñas ventajas del talento sobre las efímeras glorias de la fortuna. La

muerte, menos todavía, una pequeña catástrofe cualquiera concluye con esas elevadas posiciones sociales que lo deben todo a sus buenas rentas: el verdadero mérito, al contrario, principia a vivir con la muerte. ¡Cuántos poderosos pasan sin dejar rastro, y si lo dejan es de lágrimas! Pero el hombre de corazón y de talento deja siempre en pos de sí una huella luminosa, que sirve para alumbrar a los pueblos en la senda de su gloria.

En efecto, cuando se compara la grandeza de las naciones se llega siempre a este punto: veamos; comparemos sus escritores, sus políticos ilustres, sus filósofos, sus oradores, sus poetas, sus artistas, sus guerreros heroicos! Y se discierne la superioridad a la que ha producido los mejores.

Smith era pobre, era tal vez, un excéntrico, y lo que se llama en otras partes un "bohemio"; pero tenía un corazón sensible y entusiasta, y una cabeza henchida de imágenes y de sueños.

Bajo este punto de vista hemos creído habría quienes leyeran con más gusto unas cuantas páginas sobre Smith, que el método de hacer quesos de M. Heuzé. Escribimos para esos.—V. Grez.

(*) Notas de Jorge Sanhueza.

I

Cuando le conocí por primera vez, Antonio Smith tenía apenas treinta y cuatro años. Poseía una de esas fisonomías que se graban en la imaginación y que no se podrían confundir con ninguna otra, ni aun en el día en que todos los hombres se reúnan en el valle de Josafat. Aquel rostro tenía una extraña mezcla de ternura y de ironía. Una cabeza que parecía chica para los pensamientos que en ella se hospedaban, frente poco espaciosa, ojos soñolientos, cejas arqueadas como las de Mefistófeles, nariz grande y algo inclinada a la derecha. Una espesa cabellera negra, bastante descuidada, completaba esta fisonomía típica: artística por excelencia. Esta cabeza llena de expresión, estaba colocada sobre un cuello largo. Parecía una cabeza clavada sobre una pica. Se le veía desde lejos, y sin ser demasiado elevado, dominaba entre la multitud.

A primera vista el sentimiento que inspiraba Smith era el de la simpatía: franco, descuidado, jovial, no se necesitaba sino de estrechar su mano para conocerle a fondo. Su alma se revelaba a todos los que se le acercaban, sin el menor preámbulo, sin la más ligera afectación, sin ocultar nada. Después de tratarle un momento uno se decía interiormente: "¡A este hombre le conozco hace mucho tiempo!".

Smith era, pues, lo que se llama un hombre feo pero simpático. Por otra parte, los hombres inteligentes ¿pueden ser feos? Difícilmente. Vaga siempre alrededor de esas fisonomías una sonrisa reveladora, hay siempre en esas frentes el surco de alguna idea, brota de esos ojos algún relámpago que ilumina hasta las más profundas oscuridades del alma. Los hombres lindos se hacen amar durante un día y hostigan a la mañana siguiente; los hombres feos han inspirado las grandes pasiones, se han hecho amar eternamente. Mirabeau y Danton eran casi monstruosos y ya se sabe como fueron amados. El amor que se inspira en las dotes del corazón y de la inteligencia, no puede sino ser mucho más profundo y durable que el que tiene por base la forma, la máscara más o menos agradable, es decir la materia.

Antonio Smith era original y ceremonioso en su conversación; hablaba pausadamente dando un acento grave a su palabra, sonreía de una manera fina y punzante. La sonrisa ha sido siempre entre los hombres de talento el más elocuente medio de expresión. Enrique Heine refiere que cuando fué a visitar a Goethe, no halló cosa mejor que decir sino que las ciruelas que caían de los árboles en la carretera de Jena a Weimar, eran excelentes contra la sed, lo que hizo sonreír dulcemente al Júpiter de la poesía alemana. Si hubiérais dicho una necedad semejante en presencia de Smith, os hubiera dejado helado con su sonrisa.

A pesar de encontrarse en toda la fuerza de su juventud, Smith tenía el aspecto de un hombre abatido más que por los efectos de una enfermedad, por la pereza y el cansancio. ¿Era el cansancio de una vida sin atractivo o el descontento natural que debe apoderarse del alma del artista, del verdadero y grande artista, en una sociedad en que el talento no entusiasma a nadie, y en que las más bellas producciones desaparecen bajo la indiferencia más fría?

Muchas veces nos hemos explicado así su eterno desdén, su tristeza, su risa sarcástica. El arte necesita para vivir de la gloria y del aplauso constante, pues sólo el calor del entusiasmo puede germinar esos grandes pensamientos que se arrojan a la humanidad en la forma de un cuadro, de un libro o de una estatua de mármol.

II

Antonio Smith nació en Santiago, en septiembre de 1832. (1).

Su padre, don Jorge Smith, de nacionalidad inglesa, desempeñó por muchos años el consulado británico en Santiago, y su madre, la señora Carmen de Irisarri, era hija del eminente escritor y hombre de Estado don Antonio José de Irisarri, y hermana del poeta Hermógenes de Irisarri. El hogar de Antonio Smith, era, pues, rico como ninguno en tradiciones literarias; y

(1) Miguel Antonio Smith, nació en Santiago el 29 de Septiembre de 1832. Su padre era de nacionalidad escocesa.

sí es verdad que el talento es hereditario, lo que no siempre se prueba, más de una divina chispa desprendida de esos dos poderosos cerebros iluminarían el claro y poético espíritu del joven artista.

Esa mezcla de sangre latina y sajona hizo naturalmente su obra, y por eso se veía con sorpresa en Smith en medio de su calma y flema británicos, de su laconismo de expresión, de sus tristezas y de su aparente sobriedad, esos arranques impetuosos, esas ocurrencias chispeantes y esas bellas imágenes que se sucedían en la conversación como una serie de telas de colores.

Pero el joven Smith, a pesar de la riqueza de su talento que él no ostentaba por indolencia, no hacía abrigar a sus parientes una esperanza halagadora sobre sus dotes intelectuales: perezoso hasta la exageración, descuidaba por completo los estudios que debían hacer de él, según los deseos de su familia, uno de los grandes abogados de su tiempo.

Las inclinaciones del joven eran de las más alarmantes: manifestaba una repugnancia invencible por el estudio del latín, y cada vez que tomaba en sus manos esta gramática, era sólo para entretenerse cubriendo sus márgenes con dibujos y caricaturas, en que se burlaba cruelmente de Nebrija y de todos los latinos que el desapiadado maestro creó entre nosotros. Estas caricaturas se reproducían infinitamente entre la juventud.

Tan cómicas producciones interpretaban el sentimiento general, y no sólo servían para dar a conocer el talento crítico de Smith, sino para crear una atmósfera de admiración y de cariño hacia el espiritual e inspirado paladín, que aparecía atrevidamente resuelto a burlarse de la más arraigada y venerable preocupación literaria de la época. El lápiz de Smith se hacía célebre antes que su pincel.

Estos triunfos de colegial avivaban sus sentimientos y gustos artísticos y le hacían entrever extensos horizontes para su porvenir. Pronto el cartón y el lápiz no bastaron a las necesidades de su inquieto espíritu; sus fuerzas creadoras buscaban ansiosas como satisfacerse: sus trabajos de ayer eran ya solo triviales ensayos, tumultuosas imágenes llenaban su cerebro, una ansia divina de trabajo y de poesía le ator-

mentaba. Había en su alma una mezcla de extraños sentimientos: la burla, la ironía y la crítica; la poesía, la ternura y la melancolía.

Con sus economías de colegial compró telas, pinceles y pinturas, y desplegando ardoroso vuelo compuso sus primeros paisajes, consultando más las inspiraciones de su alma que la verdad de la naturaleza. Sin preparación y sin estudio se puso a producir. ¡Qué paisajes aquellos! Erán una confusa aglomeración de líneas y colores en que a veces se entresacaba una gran pincelada maestra que anunciaba al artista.

Estos triunfos ruidosos pero efímeros, en vez de servir a su carrera, le creaban adversarios poderosos en el seno de su propio hogar. Su abuela, la señora Trucíos (2), no podía conformarse con que su nieto abrazara una profesión que para ella era casi la de un humilde obrero. La orgullosa dama inició las hostilidades despedazando las telas, las paletas, los pinceles y las pinturas del artista, y como si hubiera temido que esos trozos pudiesen juntarse nuevamente, los arrojó en un resumidero.

Cuando el joven Smith regresó del colegio, supo la historia de la tremenda catástrofe y del cruel castigo de su abuela. Su corazón sufrió uno de esos golpes que no se borran jamás de la memoria del niño y del hombre. La desesperación se apoderó de su alma. Al ver la desaparición de esos objetos queridos, sus ilusiones se dispersaron como las perlas de un collar que se rompe, y él, que nunca había llorado, derramó ese día torrentes de lágrimas.

Este primer contraste no le desanimó; al contrario, la lucha y la persecución de que era objeto, dieron bríos a su alma indolente pero apasionada. Hizo nuevas economías y reemplazó por otros sus pinceles despedazados. Pero esta vez amenazó de una manera terrible al que osara poner sus manos sobre esos sagrados objetos. La amenaza tuvo eco; y ya fuera por no alterar la tranquilidad doméstica, o por creer ineficaz la lucha con ese carácter resuelto e indomable, se le dejó en completa libertad y se le abandonó a su triste destino de artista.

(2) Doña Mercedes Trucíos y Larraín de Iriarri.

III

Los tiempos eran excepcionales y brillantes para abrazar una carrera artística. Una poderosa corriente intelectual lo removía todo, hombres e ideas, despertando un entusiasmo vivísimo por cuanto significaba un progreso del espíritu. Se trataba de rehacer con elementos nuevos nuestro viejo organismo social. Se atravesaba la aurora de una vida de inmensas esperanzas.

El Instituto Nacional estaba en todo su auge. Lastarria, Varas, Courcell-Seneuil, Gorbea, Sazié, García Reyes, Solar, Vendel-Heyl, Güemes, eran nuestros maestros. Con semejantes conductores la juventud marchaba confiada hacia un ideal de justicia y de libertad, y el Instituto producía alumnos que se llamaban Justo y Domingo Arteaga Alemparte, Alberto, Guillermo y Joaquín Blest Gana, Guillermo Matta, Isidoro Errázuriz, Benjamín Vicuña Mackenna, Ambrosio Montt, Diego Barros Arana, Miguel Luis Amunátegui, Paulino Alfonso del Barrio, Adolfo Valderrama, Francisco Bilbao, Jorge Hunneus, Abdón Cifuentes; hasta el Seminario producía alumnos como Federico Errázuriz y Manuel A. Matta. En el Congreso brillaban oradores como Varas, Montt, Tocornal, Lastarria, Santa María; en la Prensa una numerosa juventud luchaba y se creaba un nombre ilustre. Manuel Blanco Cuartín colaboraba en todos los periódicos literarios; Benjamín Vicuña Mackenna se estrenaba con sus *Páginas de mi diario* (3) especie de heraldo de la inmensa y variada serie de sus obras; Alberto Blest Gana (4) daba a luz sus primeras novelas, admirables

(3) En 1856 apareció la obra titulada "Páginas de mi diario durante tres años de viajes. 1853-1854-1855". Esta no es la primera obra de Vicuña Mackenna. En la bibliografía de este autor preparada por el Sr. Feliú Cruz figura en el 9.º lugar de la serie cronológica de las obras de Vicuña. La primera obra que figura en este estudio es el "Diario de don Benjamín Vicuña Mackenna. Desde el 25 de Octubre de 1850, hasta el 15 de Abril de 1851", obra a la cual se refiere seguramente el Sr. Grez.

(4) La primera novela de Alberto Blest Gana es una "Escena social" y comenzó a publicarse en el periódico "El Museo", en 1853.

pinturas de costumbres y de caracteres que han hecho de ese autor nuestro Balzac; Guillermo Blest Gana y Eusebio Lillo publicaban sus primeros versos, aquél en un volumen que alcanzó gran éxito (5), y éste en las columnas de la revistas. Carlos Bello, José Antonio Torres y Martín Lira, que cayeron tan jóvenes en la fosa de la muerte, después de haber lanzado en sus versos gritos desesperantes, obtenían también repetidos triunfos, y finalmente, Guillermo Matta, que anunciaba su aparición con una especie de ruidoso aleteo de águila.

Este fecundo movimiento literario, hacía creer que algo nuevo y extraordinario y ese algo era sin duda la creación de nuestra literatura, la preocupación de lo que es se iniciaba con aquella brillante generación, bello y elevado, la elección de la verdad en el pensamiento y de la delicadeza en la expresión.

IV

La afición por las Bellas Artes tomaba también vuelo inesperado, gracias al afortunado arribo a nuestras playas de algunos artistas distinguidos, entre ellos el célebre pintor francés M. Raimundo Monvoisin, que había desparramado por nuestros salones, con prodigiosa fecundidad, una serie de cuadros admirables que educaban nuestro gusto artístico en la infancia.

Monvoisin era el artista más notable que hasta entonces se había establecido entre nosotros. Era una reputación europea que después se afianzó sólidamente. Antes de su viaje a Chile, fué Director de la Escuela Francesa de Pintura en Roma, puesto que había abandonado, según se decía, a instancias del señor don Francisco Javier Rosales, nuestro Ministro en Francia, seducido con la esperanza de ser nombrado Director del Museo y Escuela de Pintura que se proyectaba fundar en Santiago.

No fué ese, sin embargo, el motivo del viaje de Monvoisin a Chile.

Ni era posible creer que ese artista eminente, quisiera cambiar su brillante posi-

(5) "Poesías", de Guillermo Blest Gana, apareció en 1854. (Imprenta Chilena, Santiago. 328 p., en 4.º). Es uno de los primeros libros de poesías de un solo autor que se haya publicado en Chile.

ción de jefe de la Escuela Francesa de Roma, por la vaga promesa de venir a dirigir una oscura escuela de pintores en el extremo de un mundo todavía desconocido. Su viaje a Chile tuvo por causa, como lo repetía la chimosgrafía de la época, ruidosas y desgraciadas aventuras de amor, en las que había tenido por rival, y rival afortunado, al conocido novelista M. Paul de Kock. La lucha había sido terrible entre los dos adversarios, y M. Paul de Kock, cruel hasta el exceso, había ridiculizado a su rival en una novela titulada *Mon Voisin Raymond*, cuyo protagonista no era otro que M. Raymond Monvoisin. El gran artista, vescido y aplastado por el gran novelista del mundo alegre de París, huyó precipitadamente al Nuevo Mundo para no escuchar el ruido de las rechiflas y carcajadas que le acediaban a su paso.

Durante los ocho años que Monvoisin residió en Santiago (6) ejecutó una serie de obras notables. Todo lo abarcaba su brillante y fecundo pincel. Retrató a las damas más bellas y a los hombres más distinguidos de nuestra sociedad, compuso cuadros históricos de gran valor, entre los que figuran como las más célebres *La Caída de Robespierre*, *La última cena de los Girondinos*, *Alí Pashá*, *Eloisa leyendo las cartas de Abelardo*, y otros muchos que hoy constituyen el orgullo artístico de nuestras galerías particulares. La Catedral de Concepción posee un admirable *Cristo descendiendo de la Cruz*, que fué adquirido por la suma de cinco mil pesos. Monvoisin formó también algunos discípulos, entre los que sobresalieron don Francisco Mandiola, don Gregorio Torres y doña Procesa Sarmiento, los dos últimos de nacionalidad argentina.

La influencia artística que Monvoisin ejerció entre nosotros, fué, pues, de lo más benéfica. Enseñó a nuestra naciente sociedad a amar lo bello, puso ante sus ojos obras que podrían llamarse maestras y la inició en esos secretos de sentimiento que solo sabe comunicar el verdadero talento. Si no ejerció una influencia mas vasta todavía en el porvenir artístico de Chile, fué

porque desgraciadamente, los recursos del Gobierno no permitían en aquella época pagar al Director de nuestra Escuela de Pintura un sueldo como el que exigía con justicia el gran artista.

V

Hacia algún tiempo que el Gobierno proyectaba fundar en Santiago una escuela de pintura; para que la dirigiera había enviado a estudiar a Francia a un joven de precoz y brillante talento, que se había distinguido como discípulo de Morales, el único pintor de algún mérito que en esa época residía en Santiago. Ese joven se llamaba Francisco Gana, (7) y era hermano de la reputada artista dramática doña Mercedes Gana.

El joven artista hizo en Europa rápidos y notables progresos. Era para su patria una esperanza halagüeña; desgraciadamente, cuando regresaba a Chile, en 1846, falleció a bordo de la nave que lo conducía, a la altura de Chiloé.

En algunas galerías particulares de la capital se encuentran hermosos estudios, croquis y bocetos, obras del pincel de Gana, que honran su memoria.

Don Salvador Sanfuentes, que a pesar de ser poeta y de publicar poemas y romances ocupaba en 1848 el Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública, había contratado en el Brasil, donde desempeñaba al puesto de Pintor de Cámara del Emperador, al maestro que debía dirigir nuestra futura Academia de Pintura.

Era esa la época en que Chile veía con placer arribar a sus playas hombres distinguidos que venían a enseñarle a dar los primeros pasos en las ciencias y en las artes. Don Amado Pissis, el eminente geógrafo que levantó mas tarde el plano topográ-

(7) Antonio (y no Francisco) Gana nació en 1822 y falleció el 20 de Marzo de 1846, en la forma indicada. Fué el primer pensionado del Gobierno chileno para hacer estudios en el extranjero. Viajó a Europa en 1842. Sus obras más conocidas son: "La bella jardinera", un retrato del general Bulnes, "Cabeza de hombre con gorilla".

El pintor Morales, del cual habría sido discípulo el joven Gana, no ha podido ser identificado por nosotros. Por lo demás, no era el único pintor que vivía en Santiago en esos años.

(6) Monvoisin llegó a Chile en 1845 y regresó a Europa en 1855; pero durante este período hizo un viaje al Brasil que duró dos años.

fico de la República, realizando una obra admirada en la misma Europa, y el arquitecto M. Brunet de Baines, que iba a iniciar la transformación de Santiago, construyendo sus más hermosos monumentos, llegaron a Chile al mismo tiempo que M. Alejandro Cicarelli. (8).

Este artista venía precedido de una gran reputación. Se ponderaba la belleza de dos de sus obras originales: *Telémaco y Filoctetes abandonado*, que figuraban con honor en la galería del palacio Borbónico de Nápoles. Los enemigos de Monveisin, exageraban el mérito de Cicarelli, pretendiendo levantar un rival que le eclipsara; pero sus intentos fueron vanos. Cicarelli, pobre compositor y detestable colorista, era sólo un mediocre artista. Había disipado su juventud y gastado sus pinceles en hacer copias de cuadros religiosos y algunos originales de escaso valor. Ostentaba con orgullo un cuadro original que era también su obra maestra, y que, a pesar de sus enormes proporciones, llevaba siempre consigo, como se lleva en el seno una reliquia. Ese cuadro, que se exhibía de año en año en todas las exposiciones de Santiago, representaba al rey de Nápoles pasando una revista a cuarenta mil hombres de su ejército, en compañía del archiduque Carlos y su hijo. Por cierto que en la tela no se veía un número tan considerable de tropas; pero el espectador se las podía imaginar perdidas en el fondo del cuadro u ocultas por el polvo que levantaba la caballería.

Pero a pesar de la pobreza de sus producciones, Cicarelli conservaba intacto en el fondo de su alma un verdadero culto por su arte y un ardiente deseo de reputación. No pudiendo ocultarse a sí mismo que había intentado todos los medios posibles para llegar a ser gran artista, sin poderlo conseguir, Cicarelli debió de arribar a Chile con verdadera e íntima alegría, pues en este país, en que el arte estaba en su infancia, iba a ser el primero, y a verse rodeado de admiradores sinceros y entusiastas.

(8) Alejandro Ciccarelli (Nápoles, 1811-Santiago, 1874) llegó a Chile en Septiembre de 1848, procedente de Brasil. En el mismo mes, lo hacía don Amadeo Pissis. En cuanto al arquitecto Francisco Brunet de Baines, se encontraba en el país a comienzos del año 1849.

¡Tristes satisfacciones a las exterioridades de una vanidad vulgar!

Tal era el hombre que iba a dirigir la futura Academia de Pintura de Chile. (9). Deseaba en obsequio de su propia gloria sacar grandes alumnos y hacer provechosa y brillante enseñanza; pero esta noble ambición se estrellaba contra el insuperable obstáculo de su incompetencia artística.

VI

El 9 de marzo de 1849 tuvo lugar la instalación de la Academia de Pintura. (10).

"A las doce del día, dice *El Progreso*, diario de aquella época, S. E. el Presidente de la República (que lo era el General don Manuel Bulnes) los Ministros del despacho y demás corporaciones se dirigían desde la sala de gobierno a la de la Universidad, invadida ya por una numerosa y lucida concurrencia. El salón estaba sembrado de elegantes niñas que se habían prestado a solemnizar con su presencia la instalación de esta aurora de las artes en Chile; y a la verdad que nadie mejor que ellas podían dar animación y vida a ese acto solemne, en que un artista distinguido se presentaba a abrir una academia pública, para empezar a ensayar una de las artes más difíciles y más nuevas entre nosotros, pero también la más bella, la que más nos presenta a la naturaleza en toda su simplicidad, bajo todas sus fases, con toda su poesía primitiva, con todo el encanto y bellos coloridos que sabe darle el pincel ejercitado de un maestro distinguido".

(9) El nombramiento de Cicarelli se hizo por decreto del Gobierno de fecha 2 de Octubre de 1848. El reglamento de la Academia de Pintura fué aprobado por decreto del Gobierno de 4 de Enero de 1849, y lleva las firmas del Presidente Bulnes y de su ministro Sanfuentes. (Anales Universidad de Chile, 1849, p. 3).

(10) En los "Anales de la Universidad de Chile" correspondientes al año 1849, página 105, se publicó el "Discurso pronunciado a la Apertura de la Academia de Pintura por su Director D. Alejandro Ciccarelli, el día 7 de Marzo de 1849".

La fecha 9 de Marzo de 1849, dada por el Sr. Grez, corresponde a la del día en que la información transcrita apareció publicada en el diario "El Progreso".

"El señor Cicarelli pronunció un magnífico discurso sobre el estudio de la pintura y de las artes en general, remontándose a su origen y yendo hasta Grecia y Roma. Su discurso es, como él lo indica, un cuadro, un todo compacto, que aunque reúne muchas pinceladas, todas ellas vienen a formar ese todo, ese cuadro histórico, si se quiere, en que estimula al estudio de la pintura religiosa, haciendo ver lo conveniente que ha sido siempre y que sería aun entre nosotros, el colocar en los templos cuadros religiosos que inspirasen con su poesía sencilla y cristiana, y con la brillantez y golpe de vista que tanto halaga al hombre del pueblo y que le entusiasma hasta la devoción".

A este discurso del maestro, contestó don Jacinto Chacón con una composición poética, de la cual reproducimos algunas estrofas.

«Todo rejuvenece,
Bajo la ley de Dios vivificante;
Mientras un mundo que brilló decrece,
Un mundo nuevo se prepara infante;
Mientras el Asia muere caducaba,
Fuerte la Europa varonil se alzaba;
Y hoy que la Europa a su vez declina
A su cenit la América camina.

Musa napolitana (*)
Despierta, pues, la musa americana,
Prepara tus pinceles
De nuestra Atenas, oh, moderno Apéles!
Derrama el sacro fuego,

Y crea aquí Canova y Rafaeles,
Que, ya la noble juventud chilena,
Que ansiosa guarda el porvenir del griego,
De santo ardor y de entusiasmo llena,
Tu ciencia escucha, tu talento admira
Y en tus trabajos ávida se inspira»

Se ve por la descripción de esta fiesta, el entusiasmo de aquella generación por todo lo que significaba un progreso, y la especie de culto que hasta los mas encumbrados personajes políticos de entonces rendían al talento y al arte. Desgraciadamente esa semilla bienhechora no dió los frutos que eran de esperarse: las viejas

preocupaciones, que todo lo esterilizan, reaparecieron otra vez cubriendo de malezas el campo virgen de nuestros adelantos.

VII

El curso principal de la Academia que acababa de abrirse, constaba de las siguientes clases:

La primera de dibujo elemental a la estampa, dividida en tres secciones. La primera sección, estudiaría principios y cabeza; la segunda, extremidades; la tercera, figura entera.

La segunda clase pertenecía al estudio del relieve o estatua y tenía las mismas secciones que la anterior.

La tercera completaba el curso de dibujo para la composición histórica, por medio de la imitación del modelo vivo, de un curso de anatomía práctica y otro de pintura y ropaje al natural. Recorridas las anteriores clases por el alumno, podía entrar al curso de composición.

La Academia tenía alumnos de número y supernumerarios. A la primera especie pertenecían aquellos que demostraban más sobresalientes disposiciones naturales y obtenían un nombramiento del Gobierno. Estos gozaban de todas las prerrogativas que proporcionaba el establecimiento a sus alumnos.

Como supernumerarios se admitían por el Director a todos los que querían estudiar el dibujo por afición o para dedicarse a otros ramos. Tales alumnos tenían derecho al concurso semestral que establecía el reglamento.

Mientras el alumno seguía su curso de dibujo, debería estudiar fuera de la Academia la gramática castellana, la geometría y la historia. Al tiempo del examen para pasar a la clase del modelo, el alumno debía conocer la mitología, o a lo menos los nombres o atributos de las divinidades griegas.

Para entrar a la composición histórica, debía haber seguido un curso completo de literatura, o por lo menos de retórica, y otro de filosofía, a fin de entender y hallarse en estado de expresar las pasiones que se desarrollan en la parte de la composición. Debía también conocer los cinco

(*) Aludiendo a la nacionalidad de Cicarelli.

órdenes de arquitectura y el dibujo del paisaje, "para poder formar los fondos de los cuadros".

Cada seis meses la Academia celebraría un concurso para premiar a los alumnos que mejor dibujaran un objeto señalado por el Director.

La clase de estampas tenía dos premios: uno para el mejor dibujo de cabeza y otro para el alumno que sobresaliera en el dibujo de una figura entera.

La clase de relieve o estatuas, y la del modelo vivo, tenían también dos premios semestrales cada una, análogos a los anteriores en sus respectivos ejercicios.

Todos estos premios consistían en moderados auxilios pecuniarios señalados por el Gobierno, y correspondientes al rango de la clase y de la sección a que pertenecía el alumno, a fin de ayudarlo a costear los gastos de útiles para su aprendizaje.

El curso de composición tendría su gran premio en la exposición pública que debía establecerse.

VIII

La creación de la Academia de Pintura despertó gran entusiasmo en nuestra juventud, pues era una nueva carrera que se le ofrecía, en la cual podía adquirirse fortuna y gloria sin que fuera necesario ser doctor. Nuestra juventud, hasta hace poco comprimida, estrechada, ahogada casi entre el latín y los cánones, la teología mística y la escolástica, veía extenderse ante su vista horizontes mas vastos y brillantes. Ser artista! fué una frase que por la primera vez muchos se repitieron entusiasmados y llenos de esperanzas. ¡Ay! ignoraban en ese primer delirio juvenil que el arte necesita de muchas condiciones para vivir y desarrollarse, y que Chile, país nuevo, poco culto todavía, sin una antigua y brillante historia, sin una sociedad capaz de comprender y de entusiasmarse por lo bello, no podía ofrecer al artista opulenta cosecha sino amargos y mezquinos frutos.

Desde los primeros días de la apertura de la Academia, sus asientos se ocuparon por completo. Casi todos los jóvenes que se incorporaron carecían de preparación artística e ignoraban hasta esos conocimien-

tos rudimentales que son la base de todo aprendizaje. La Academia había sido para ellos un accidente de la casualidad y de la fortuna, que aprovechaban guiados solo por sus naturales inclinaciones. El maestro de esos bisonños debió de tropezar con enormes dificultades en esa primera época de su enseñanza. Cicarelli no solo dirigía la enseñanza artística sino también la intelectual de sus alumnos. Con una especie de énfasis sacerdotal les pronunciaba discursos en que ostentaba todos los viejos resabios de la escuela en decadencia de que él era tan fastidioso y nimio observador.

Pronto, sin embargo, la flamante Academia principió a levantarse, surgiendo de entre sus compactas filas una que otra esperanza. Cicarelli, a pesar de su carácter lleno de rarezas, burlón y solemne a las veces, era empeñoso y leal, y estimaba como un gran triunfo personal, que le inundaba de noble júbilo, todo destello de inteligencia que descubría en sus alumnos.

Muy pronto se distinguieron entre los primeros de la Academia los jóvenes Manuel Mena, Luis Toro, Luciano Láinez, Vicente Falcón, Numa Plaza, José A. Castañeda, magnífico colorista que murió muy joven. Entre estos sobresalientes descollaban dos: Mena y Láinez. Había también un joven araucano, llamado Pedro Churi, que sirvió de modelo para el Cau-policán de Cicarelli.

En el primer concurso de composición que celebró la Academia, los dos rivales, Láinez y Mena, se disputaron el premio. El primero ejecutó un cuadro que representaba *la muerte de Abel*, y el segundo otro cuyo asunto era *David dando muerte a Goliath*. El cuadro de Láinez se distinguía por sus tendencias idealistas y ciertos atrevimientos anti-académicos; su dibujo era correcto; pero su colorido inferior al de Mena. En ambos trabajos se notaban esas timideces temblorosas que caracterizan los primeros ensayos en la pintura; pero era evidente que los dos habían sobrepasado las exigencias de un primer concurso. Los temas no eran tampoco muy originales; pero, como primeros frutos de nuestro arte, llamaron la atención de todos, hasta el punto que la Academia se dividió en dos bandos. Controversias vivas y animadas agitaban todos los días las salas y talleres

de la Academia. Se discutía el mérito de cada uno de los exponentes. El triunfo de Láinez en el concurso, en vez de apaciguar los ánimos, contribuyó a enardecer la lucha.

Smith figuraba entre los mas ardientes polemistas, hasta el punto de provocar un lance personal que dió por resultado la eterna inclinación de su nariz hacia la derecha, escarnio que sufrió con resignación por amor a su arte. Pero Smith no peleaba estas batallas en obsequio de uno de los dos rivales, sino en defensa de sus propias doctrinas artísticas.

IX

Pronto comprendió Smith que nuestra Escuela de Pintura no daría al país ningún artista sobresaliente, sino mediocridades más o menos enfatuadas por una enseñanza llena de resabios, de falsas teorías, de resistencia a todo lo que era espontaneidad, imaginación y sentimiento. Cicarelli despreciaba el paisaje, estimándolo solo en muy poco cuando era una copia servil de la naturaleza. Nada de innovaciones y atrevimientos! Y cosa extraña! Cicarelli no era realista; pero tampoco era romántico.

Cicarelli, seducido al principio por el talento y la imaginación de Smith, por la emoción penetrante y la vida íntima que sabía dar a sus obras, le distinguió con su cariño. Durante algún tiempo se hizo la ilusión de hacer de él un discípulo que fuera "honra y prez" de la Academia. Mientras duró esta creencia Smith ejerció en la Academia una especie de soberanía intelectual. Se tenía en mucho su opinión, se le consultaba y aun se seguían algunas veces sus consejos. Desgraciadamente su reinado fué efímero. El joven alumno no pudo sofocar sus sentimientos, ni aun en obsequio de su conveniencia personal, y denunció ruidosamente, sin miedo y sin ambajes, la incompetencia del maestro.

Smith comprendía que el arte era la representación ingenua e ideal de los sentimientos, y en aquellas telas frías y descoloridas de Cicarelli y sus alumnos, no encontraba ni siquiera un pálido y lejano reflejo de sus emociones. Esclavo de sus ideas, quedó muy pronto solo y abando-

nado en la lucha. ¿Quién podría seguirle en esa empresa compromitente? Sólo uno que otro de esos espíritus que alimentan la eterna querrela de lo verdadero y de lo falso en literatura y en arte como en religión y en política. Para conseguir un cambio en la dirección de la Academia se necesitaba de un movimiento más extenso, que los pocos hombres de gusto y de conocimientos, que eran muy raros, transmitirían sus ideas y sus impresiones a los hombres del poder, y esto no se obtendría fácilmente, por la poca importancia que se daba a la enseñanza artística.

Así, la Academia oscurecida en su auro-
ra, envejecida en su infancia, había hecho perder toda esperanza hasta a los más entusiastas. Los que creían poseer alas bastante poderosas para remontarse solos por el cielo del arte, abandonaban pronto aquel estrecho espacio, falto de luz y de aire.

Smith, viendo desvanecidos sus ideales, convencido de que bajo la dirección de Cicarelli no podría dar un paso adelante, y si muchos hacia atrás, se retiró de la Academia, se retiró *insalutata hospite*, sin anunciar su partida, y dejando por terminar un cuadro principiado que jamás reclamó. Parecía en esos momentos que su desencanto había llegado hasta el punto de hacerle abandonar para siempre sus pinceles. Pero esto no era posible. Aquella naturaleza poética, aquel temperamento esencialmente tierno y soñador, tenía que volver algún día a cultivar otra vez sus emociones, que constituían un lazo de asociación con sus ideas, su carácter, su modo de ser habitual.

¿Qué haría el joven artista mientras llegara esa reacción? No era posible vagar eternamente de sueño en sueño y de quimera en quimera, sin fijar de alguna manera su incierto y dudoso destino. De improviso y sin vacilar tomó un día su resolución: se hizo oficial de caballería. Los que conocían los múltiples y cambiantes aspectos de su carácter, se rieron de esta extravagancia; y mientras sus amigos sentían esta determinación, pues le creían perdido para el arte, sus enemigos le hacían el blanco de sus punzantes sátiras. Smith dejó hacer a todos. Ni contentó a los unos ni castigó a los otros. Se limitó a pasear ostentosa-

mente su talante y su uniforme, que por cierto no eran los del capitán Febo de Cha-teaupers.

X

Smith carecía de las cualidades necesarias para surgir en la milicia, excepto, tal vez, el valor, que suponemos lo tuviera. ¿Quién podría imaginarse a Smith dando una carga de caballería? Parecía demasiado sensible para ejecutar semejante barbaridad. Por otra parte, esa transformación repentina, no era el resultado de una convicción sino de un capricho, de una excentricidad, de una locura que pasaría como pasan los deseos de los niños. Smith se había hecho oficial como se habría hecho fraile; tenía igual vocación para la una como para la otra carrera, y si prefirió aquella, no fué tanto por antipatía a los hábitos cuanto por odio al latín. Smith no estaba, pues, llamado a hacer fortuna en la carrera de las armas. Chile en paz con todo el orbe, no tenía desgraciadamente contra quien desnudar su reluciente espada. Los aceros se mohosaban inmóviles en sus fundas de metal.

Muy poco tiempo lució en Santiago su uniforme, el flamante oficial; pues luego se envió al sur la compañía de Granaderos a que pertenecía, para que formara parte del destacamento que en esa época (1853) guarnecía la ciudad de Chillán. Este cambio de clima operó en su vida una influencia muy poderosa.

La gran naturaleza del sur, los bosques seculares y los ríos caudalosos impresionaron vivamente a Smith, que estuvo a punto de volver a tomar sus pinceles; pero se acordó de Cicarelli y no lo hizo. En esa vida tranquila de la guarnición, volvió a recobrar su buen humor y su imaginación de otro tiempo. Se encontraba tan bien en ese apasible reposo, en esa ociosidad que le permitía contemplar a su antojo la naturaleza, que acabó por sonreírse y reconciliarse con su arte. Este feliz estado de su ánimo, le predispuso a otras impresiones mas tiernas.

Smith había sido perfectamente recibido por la sociedad de Chillán. Sin ningún esfuerzo se había atraído las simpatías de la juventud, y a pesar de su carácter retraí-

do y poco comunicativo, fué conocido y querido de todos.

En provincia se hace vida más íntima que en la capital. Aquel mundo sin movimiento y sin espectáculos, mas reducido y estrecho que el nuestro, necesita, para no consumirse en el tedio, de estar más en contacto y armonía. Todos se ven y se hablan a cada momento, y de noche la tertulia reemplaza con ventaja a la comedia o a la ópera. De esta manera, el sueño eterno de aquella vida vegetativa, tiene sus agradables desvelos.

Smith, que en la intimidad era bromista y charlador ameno, se hizo pronto el huésped indispensable de uno de esos salones. Ya estuviera junto al piano o alrededor de la mesa del té haciendo la crítica de la vida santiaguina o de las costumbres provinciales, o la caricatura, sin malevolencia, de los que se encontraban en el salón, siempre su raro y original ingenio mantenía la animación y la alegría. Las damas chilanas de esa época, conservan en sus álbums composiciones poéticas de Smith bastante inspiradas. (11).

Fué también entonces cuando conoció a la joven que poco después hizo su esposa.

Queremos referir a propósito de esta pasión que debió ser violenta, una anécdota que caracteriza al hombre.

Smith, como oficial de granaderos, quedaba algunas noches encargado de la guardia del cuartel. Se sabe la tremenda responsabilidad que la Ordenanza Militar hace pesar sobre los que abandonan su puesto en semejante momento. Smith tenía un placer en correr inútilmente este peligro, y casi siempre que le tocaba la guardia, abandonaba el cuartel y se dirigía a casa de su novia.

—Arriesgo mi cabeza, le decía, por el placer de verte.

Y en esos momentos talvez se imaginaba ser uno de esos héroes de romance de

(11) Antonio Smith publicó un poema titulado "Cantinel nocturna", en la "Revista de Santiago" (3.ª época), en el tomo único del año 1855, páginas 801 a 805. En este mismo volumen figuran importantes trabajos de Andrés Bello, J. V. Lastarria, Alberto Blest Gana, Guillermo Blest Gana, Guillermo Matta, Diego Barros Arana, Vicuña Mackenna, Eusebio Lillo, Marín Recabarren, Adolfo Valderrama y otros.

que hablan las antiguas historias galantes. La fantasía de Smith se empeñaba en hacer de ese amor sencillo un idilio trágico.

XI

Como era lógico esperarlo, Smith abandonó pronto la carrera militar, en la que no había encontrado los atractivos que se imaginó. Su vida de cuartel había sido más monótona todavía que su vida de la Academia, pues durante ella no se había encontrado en ninguna batalla y ni siquiera se le había formado consejo de guerra por el repetido abandono de su cuerpo de guardia, lo que era para él verdaderamente desesperante. Colgó, pues, su espada, como cuelga su lira un poeta desengañado.

Sin poder fijar su destino, estudiando hoy un ramo y mañana otro, viviendo al día, vagando incierto por las regiones de sus ideales, Smith pasó así algunos años, eclipsado y sin hacer ruido, hasta, que en 1858 apareció *El Correo Literario* (12), redactado por José Antonio Torres e ilustrado por Antonio Smith.

El Correo no era, como lo indicaba su nombre, un periódico exclusivamente literario, sino también político; y esta última condición fué la que le dió una popularidad como hasta entonces no la había tenido en Chile ninguna otra publicación. Es cierto que entre los colaboradores del *Correo Literario* figuraban nuestros más célebres escritores, como los hermanos Arteaga, los Blest Gana y los Matta, Barros Arana, Isidoro Erazuriz, Vicuña Mackenna, Blanco Cuartín, Eduardo de la Barra, Martín José Lira y hasta el maestro de todos ellos, Lastarria, que publicó en el segundo número, sin su firma, un cuento político titulado *Peregrinación de una vinchuca*, que tenía el sabor de una página de Laboulay. La parte literaria del *Correo*, podía, pues, calificarse de brillante para aquella época; pero la parte política,

(12) "El Correo Literario" (Periódico político, industrial y de costumbres, ilustrado...) apareció el 18 de Julio de 1858. Su director-fundador fué José A. Torres. El periódico fué clausurado durante el estado de sitio iniciado el 12 de Diciembre de ese mismo año. (Véase la nota siguiente).

que estaba encargada casi exclusivamente al lápiz de Smith, eclipsaba a aquella.

Smith principió su tarea ofreciendo al público su propia imagen en caricatura y la de su compañero de redacción, José Antonio Torres, como para establecer así el sometimiento de los demás a una regla que no tenía excepciones, y que siendo general debía ser menos dura y despótica.

Antes de entrar en el campo de la política, en que la crítica es más acerada y cruel, por vivir sus hombres en las diarias luchas de las ideas o de los intereses personales, el lápiz de Smith hizo desfilar ante el público a los escritores y poetas colaboradores del *Correo Literario*. Entre esas caricaturas se recuerdan las de Guillermo Blest Gana, pulsando una enorme lira; la de Guillermo Matta, pidiendo inspiración a ese invisible mundo de los espectros.

«¡ Sombras, buhos, fantasmas, maldiciones,
Dad un tono de horror a mis canciones! »

La de Eusebio Lillo, en la que se leía esta estrofa:

« Yo que canté las flores algún día,
Al grato ardor de tus celestes llamas
Me quedé con las hojas y las ramas ».

Desfilaron después en este álbum de la crítica y del buen humor, Miguel y Gregorio Víctor Amunátegui, Hermógenes de Irisarri, Diego Barros Arana, Blanco Cuartín, Benjamín Vicuña Mackenna, que ha gastado después los lápices de nuestros caricaturistas, Rafael Menvielle y otros muchos. Smith no se olvidó de su antiguo maestro, el primer Director de nuestra Academia de Pintura, a quien consagró uno de sus primeros recuerdos. Al pie de la caricatura de Cicarelli se leían estos versos:

« Llegó a estas bellas regiones,
Un pintor que era un portento,
Mostró placas, distinciones,
Y medallas por cajones;
Pero no mostró talentos ».

Esta picante exhibición de nuestros literatos, atenuó en mucho el efecto de la caricatura política en el ánimo de las víc-

timas: Bulnes, Montt, Cruz, Varas, Ovalle, Urmeneta, los hombres de estado y los políticos de segundo orden, desfilaron uno a uno en aquella humorística galería y sufrieron los alfilerazos con resignación, porque no se veían ultrajados. Lo grosero y lo grotesco no merecía la aceptación de aquel espíritu fino y culto por excelencia.

La caricatura de Smith no era notable por el dibujo; al contrario, este se resentía de la falta de escuela, sino por la gracia y la idea, por el juicio rápido que daba de los hombres, por la inventiva sencilla y natural con que los caracterizaba. Muchas veces le bastaba una palabra, una frase, para retratar de cuerpo entero a sus personajes. De una palabra nació la caricatura de don Francisco Puelma y de una frase la de don Francisco Marín. "Si, señor, yo hablo siempre con el corazón en la mano!" En un cuarto de siglo no se ha podido olvidar esta frase. El artista la ha hecho vivir con su personaje.

En la caricatura de Smith se notaba la unión de la característica verbosidad inglesa y del delicado ingenio latino, como que ambas sangres corrían por sus venas. De un detalle hacía un carácter. Artista zumbón y afable, siempre encontraba la forma inesperada y cómica para pintar una situación. Sus pensamientos llenos de exactitud y de buen sentido, fueron los que dieron al *Correo Literario* su inmensa popularidad. Muchos hombres notables, muertos después del *Correo Literario*, han sido olvidados; pero la obra pasajera de Smith, vive todavía y se la recuerda con alegría.

XII

El movimiento político que se efectuó en el mes de diciembre de 1858, dió lugar a la clausura del famoso Club de la Reforma e hizo también desaparecer *El Correo Literario*. Aquella tempestad que pronto arreció de una manera formidable, arrastró consigo, como el viento de otoño a las hojas secas, a todo el grupo de colaboradores del *Correo*, arrojando a muchos lejos de nuestras playas.

Algún tiempo después, cuando sobrevino la calma, reapareció *El Correo Litera-*

rio; (13) pero ya no era el espiritual campeón de otra época; sólo conservaba el título y a uno que otro de sus antiguos colaboradores. Su redactor en jefe, José Antonio Torres, había muerto; Smith, su ilustrador, había reemplazado el lápiz por el pincel. En esta segunda aparición, *El Correo* tuvo una corta vida. Reapareció por tercera vez en 1864 y volvió a morir a los pocos meses. Sus nuevos editores se empeñaban en darle vida a costa de su antigua popularidad.

Mientras *El Correo Literario* agonizaba por falta de ingenio, Smith emprendía resueltamente su viaje hacia Europa. Este viaje había sido el ideal de su vida; comprendía que si no cultivaba con algún esmero las dotes de su naturaleza, no alcanzaría nunca esa progresión intelectual de que era capaz, y sus obras no podrían ser sino brillantes imágenes, sueños y fantasías, pero ninguna verdad.

Con ese ardor que desplegaba al principio de todas sus empresas, Smith recorrió la Francia y la Italia, visitando los museos y a los grandes artistas de su género, impregnándose en esa atmósfera de lo bello que excitaba sus emociones. Vivía en los talleres, tomaba lecciones de los maestros y hacía copias en los museos. En el Louvre copió un hermoso paisaje de Saal; pero como no quería pasar por un servil imitador, transformó el asunto del cuadro, que era una *puesta de sol*, en una *noche de luna*. Esta extravagancia llamó la atención de los visitantes y el cuadro fué comprado todavía inconcluso y pagado como un buen original. Tan fácil éxito le alentó, y como sus recursos financieros no eran de los más abundantes, viajaba pintando y vendiendo sus cuadros. Pronto se aburrió de esta vida nómada, y se dirigió a Florencia, en cuya ciudad vivió un año, visitando casi diariamente el taller de Carlos Markó, el gran paisajista romántico de la moderna escuela italiana.

Estos dos hombres que comprendían el arte de una manera tan semejante, se unieron en una estrecha amistad. Ambos eran

(13) La segunda época de "El Correo Literario", se inició el 11 de julio de 1864. Su último número, el 28, apareció el 15 de enero de 1865. No hubo en realidad una tercera época a pesar de habérsela anunciado por los redactores.

poetas por naturaleza; desde el primer instante que sentían una impresión, sabían trasladarla poéticamente a sus telas en pintadas, que eran verdaderas estrofas. Smith no se dejó arrastrar sin embargo por su entusiasmo hacia el maestro y trató de conservar siempre su carácter y originalidad.

En el gran paisaje de Markó, *El valle de Florencia* y en el de Smith, *El valle de Santiago*, visto desde las alturas de Peñalolen, se puede juzgar al maestro y al discípulo. El primero con su riqueza imponderable de detalles, como un Bajá que arrastrara consigo un inmenso tren de objetos maravillosos; y el segundo con su sobriedad que llega hasta la pobreza de la composición, confiándolo todo al sentimiento, a sus fondos que se pierden en el infinito y que hacen meditar y soñar, es como un joven poeta mal vestido, pero que revela el genio en su mirada.

XIII

Cuando Smith regresó a Santiago, en 1863, después de cuatro años de residencia en Europa, encontró a la famosa escuela de Cicarelli en el mismo estado de atraso en que la dejó. La Academia no había producido un solo discípulo que fuera una brillante esperanza para el arte nacional; lo que había hecho perder a Cicarelli todo su antiguo prestigio. Su autoridad ya no se extendía más allá de la esfera de los principiantes, el desencanto era general, la crítica le había hecho el objeto de sus sátiras y el sarcasmo le había hecho su ídolo.

Fué en esta época desgraciada para el maestro, cuando M. Charton, un detestable pintor francés que residía en Santiago, le invitó por la prensa a un duelo artístico, que Cicarelli, herido profundamente en su vanidad, ni siquiera contestó. Charton pretendía suceder a Cicarelli en la dirección de la Academia, y envalentonado con el silencio de éste, se discernió a sí mismo los honores de vencedor, ponderando sus méritos y su gloria, y molestando durante mucho tiempo al desgraciado maestro. El mismo Gobierno, que es siempre el último en convencerse de la incompetencia de sus servidores, llegó a creer, en la de Cicarelli, y envió a estudiar a Europa los dos más

aventajados alumnos de la Academia, los señores Campos y Ortega (14), autor más tarde este último de la magnífica *Laura del Petrarca*.

Al fin Cicarelli ya viejo, viviendo más del misticismo religioso que del arte profano, solitario en su cátedra de enseñanza, no teniendo ya nada que esperar de la gloria, inició su expediente de jubilación en 1868. Su hoja de servicios ya que no brillante había sido larga. Durante cerca de veinte años había estado al frente de nuestra Academia. El fué el primer maestro oficial que tuvo nuestro arte naciente, y a pesar de la esterilidad de su enseñanza, ha dejado consignado su nombre en la historia del arte nacional, en caracteres bien opacos, es verdad, pero que se leerán siempre.

XIV

El sucesor de Cicarelli en la dirección de la Academia de Pintura, M. Ernesto Kirchbach (15), había sido alumno de la Academia de Dresde, de cuya ciudad era oriundo. Después perfeccionó sus estudios y desarrollo sus conocimientos en el taller del célebre Schnorr, en cuya compañía ejecutó los hermosos frescos del palacio de Munich. Cuando regresó a Dresde había obtenido ya un nombre distinguido, lo que le valió se le confiara la decoración de los salones de la Galería de Bellas Artes.

Kirchbach abrió después un taller en la ciudad de Londres, en el que enseñaba a numerosos discípulos. Su reputación se acrecentó con el éxito que sus dos cuadros originales *Otelo* y *Moisés*, obtuvieron en una de las grandes exposiciones de la capital británica. Después, fastidiado por aquel cielo eternamente nebuloso, viajó por Italia y volvió a establecerse en su ciudad natal. Fué en esta época cuando nuestro Cónsul General en París, señor Fernández Rodella, le contrató en nombre del Gobierno de Chile.

Bajo la inteligente dirección de Kirchbach, bien pronto se hizo notar el pro-

(14) Miguel Campos (1844-1889) y Pascual Ortega (1839-1899).

(15) Cicarelli obtuvo su jubilación en 1869. En Julio de ese año llegó a Chile el pintor Ernst Kirchbach. (1832-1880).

greso de la Academia; el número de alumnos aumentó considerablemente, pues se incorporaron muchos jóvenes que estudiaban la pintura en talleres particulares.

El talento de Kirchbach era mas reflexivo que brillante y sus pinceladas mas sombrías que risueñas. Sus heroínas no pertenecían a ese mundo alegre y danzante que vive y se consume entre perfumes y flores, sino a ese otro sombrío y misterioso en que se agitan la ambición, los celos, la desesperación y el odio, todas las miserias del alma! Bajo esta influencia sombría ejecutó sus mejores obras: *La muerte de la princesa de Lamballe* y *Lady Macbeth*, que se distinguen por su corrección y la energía siniestra del colorido.

Kirchbach, activo y empeñoso, estimulaba el trabajo, ejecutando sus mejores cuadros en medio de sus alumnos. Con estas lecciones prácticas realizaba una completa transformación en nuestra vieja enseñanza. La Academia moribunda se reanimaba y entraba de improviso en una vida que podríamos calificar de brillante.

XV

Frente a la Academia rejuvenecida y triunfante se alzaba el modesto taller de Smith, concurrido por los mas aventajados discípulos de Kirchbach que iban ahí en busca de esa iniciativa picante, poética, imprevista, que refrescaba la fantasía después de una pesada tarea. Los que terminaban en la Academia una figura sombría, una bruja, un demonio, un verdugo, un político o un necio, se dirigían después al taller de Smith a pintar un cielo, un claro de luna, un rayo de sol. El estudio del paisaje se hizo de moda. Casi todos los que como Pedro Lira, Nicolás Guzmán, Cosme San Martín, Alberto Orrego, Alfredo Valenzuela, Pedro León Carmona, siguieron después rumbos distintos en el arte, principiaron por el paisaje. Sólo uno, Onofre Jarpa, el más brillante de los discípulos de Smith, permaneció fiel a esta especie de tradición, de homenaje rendido al maestro nacional.

Aquel taller no era sin embargo una colmena; la laboriosidad y el estudio no fué jamás una virtud en Smith, que como se sabe sólo trabajaba cuando estaba de

buena humor o cuando las necesidades de la vida lo urgían demasiado.

Cuando llegaba ese momento, y según lo ha referido un crítico, "Smith se sentaba frente de su caballete, tomaba sus pinceles y formaba sus colores; luego se concentraba un instante y aparecían vagamente las formas de sus hermosas montañas, sus aguas transparentes y sus cielos brillantes". Otro de sus críticos, Pedro Lira, nos ha dicho: "Su sentimiento poético, su gusto delicado en la ejecución de la obra, su habilidad en el manejo de las tintas transparentes, del cielo y de los lejos, llegan a establecer cierta especie de magnetismo, del que difícilmente escapa aun el observador inteligente".

Si la composición era sencilla y de pequeñas proporciones, el trabajo no pasaba de tres o cuatro horas, pues su pincel aprovechaba sólo del instante en que vibraba en su alma la emoción poética. En sus más grandes paisajes jamás empleó mas de ocho días. Fué ese el tiempo que demoró en pintar el espléndido cuadro *Puesta de sol en los Andes*, que obtuvo el primer premio en la Exposición del 1875.

Esta rapidez en la ejecución explica la naturaleza de su arte, que no era el resultado del estudio profundo sino de las inspiraciones de su propio ser. Su pincel no se detenía a estudiar el carácter de una montaña o de una roca, sino que recogía los sonidos, los colores, las luces, las armonías, todos los caprichos fugaces de la naturaleza, dándoles formas tan tiernas y expresivas, que el alma se conmovía contemplándolas. De aquí provenía que Smith, a pesar de su poderosa personalidad, no fuera un artista subjetivo. Recibía sus emociones de la naturaleza y las devolvía más brillantes, más poéticas, más ideales. No estudiaba ni profundizaban, sino que cantaba a la creación. De aquí también provenía la reproducción incesante de sus composiciones. Sus *noches de luna*, sus *puestas de sol*, sus *mañanas nubladas en el mar*, son siempre las mismas con pequeñas variaciones. Miraba poco a la tierra y demasiado al cielo. Por eso sus horizontes eran sin fin y sus cielos infinitos; pero en sus detalles era desacertado, y cuando ya fatigado llegaba al término de su tarea, casi siempre dejaba inconclusa su obra. A sus

mas bellas composiciones les faltan las últimas pinceladas maestras; rara es su obra completa. Sus cuadros son asuntos para poemas; pero no son poemas.

XVI

De 1868 a 1876 fué la época de la gran popularidad de Smith: vendía todos sus cuadros al precio que él les señalaba; desgraciadamente nunca les señaló el valor que tenían. Demasiado humilde, como lo es siempre el mérito verdadero, habría estimado como un acto de vanidad digno de censura, el hacerse pagar mejor.

Los aficionados se disputaban los cuadros de Smith; todos querían poseer un trozo de nuestra hermosa naturaleza tan poéticamente reproducida. Esos cielos transparentes, esos bosques tan tristes, esas noches de luna llenas de poesía y de amor, encantaban a la juventud. Era ella también la que compraba con preferencia sus cuadros, como que era la que comprendía mejor el alma del artista. Mas tarde algunos opulentos llegaron a golpear a las puertas de su taller. Ellos saben que a pesar de su pobreza Smith los obligó a hacer antesala.

Tenía lo que nadie tiene hoy, lo que se hace mas raro cada día, esto es, un profundo desprecio por el dinero: amaba más el ruido de un aplauso que el que pudiera hacer todo el oro del mundo cayendo en una cascada.

Cuando se ve a ese tropel loco, frenético, que todo lo atropella e invade en busca del dinero, cuando se ve a esa multitud bulliciosa que recorre las calles, penetra en los escritorios y en los bancos llena de emoción y de zozobra porque las acciones han bajado o el interés del dinero ha subido, cuando se ve a esos hombres que tienen una angustia cada hora, uno no puede menos de mirar con cierto asombro a esos espíritus generosos, que permanecen impasibles en medio del general arrebatado de la codicia, y que ven pasar esa tempestad humana tranquilos, cruzados de brazos, compadecidos talvez de tanta miseria!

Esos hombres nacidos especialmente para el arte, que sueñan despiertos en medio del ruido y de los rayos del sol, son siempre así, indiferentes, distraídos, exen-

tos de toda ambición que no sea la de la gloria. Las gentes que no comprenden la existencia de semejantes seres, los califican duramente y estiman de "egoísmo criminal" lo que es sólo una condición generosa de su naturaleza. Muchas veces son rechazados y condenados sin ser oídos. Entonces principian las caídas. ¡Cuántos que vivían en las nubes han bajado de cabeza y se han despedazado sobre el pavimento! La historia de los genios está llena de estos ejemplos. Querer dar a los que ven fantasmas y visiones a la luz del día, a los que llevan en su cerebro el argumento de un poema, los gustos y las inclinaciones vulgares de la multitud, es querer que todos los hombres estén al mismo nivel. El que tiene frente de su vista los contornos de una estatua que cree va a darle la gloria, no tiene tan expedito el camino de la vida como el que va sencillamente al banco a cobrar un cheque para mantener los placeres de su mesa.

XVII

Smith pertenecía por naturaleza a esos soñadores; sus gustos, su pereza que llegaba hasta la indolencia, su misma descuidada educación intelectual, lo arrastraba a esa vida en que es tan fácil descender.

Se imaginó talvez que el talento era suficiente para abrirse el camino de la vida; y cuando se encontró delante de obstáculos fáciles de salvar, su indolencia los estimó insuperables y retrocedió desalentado. Un esfuerzo cualquiera le habría sido bastante para vencer; pero su espíritu extenuado por ensueños fantásticos, no le comunicó el aliento necesario. Entonces se dejó arrastrar por la corriente. ¡Ay! ella le llevó demasiado lejos! Impaciente y ciega le condujo por esos senderos del sufrimiento que perdieron a Alfredo de Musset y Edgar Poe.

¡Ah, no hubo nada que le detuviera! Ni el arte con todas sus bellezas, ni la naturaleza con todas sus frescuras, ni el amor con todas sus sonrisas. La terrible hada le hizo volver las espaldas hacia el porvenir y le obligó a alimentarse del pasado. El sentimiento de lo bello no se borró de su corazón marchito; pero se debilitó profundamente, y de su pincel envejecido an-

tes de tiempo, ya no brotaban esas magnificencias de la naturaleza, alumbradas por el más ardiente sol de poesía que ha resplandecido entre nosotros...

XVIII

De unas páginas inéditas, que talvez algún día verán la luz, tomamos este final de la vida de Smith:

Mayo 25 de 187.

Ayer he perdido a un antiguo y querido amigo, tanto más querido cuanto que era un hombre de genio y un hombre desgraciado.

Es uno de los primeros golpes de esta naturaleza que recibo. Es esto lo que tiene de más terrible el envejecer. Mientras más nos acercamos al gran viaje, más solos hacemos la jornada. No sólo se hace el vacío en nuestra alma sino también a nuestro alrededor.

Yo no creí nunca en su cercano fin; le había visto otras veces luchar con la muerte y vencerla. Además no podía convenirme que la muerte pudiera devorar tan rápidamente una existencia vigorosa. Creía que llegaba lentamente, paso a paso, que se hacía esperar y hasta desear; pero la verdad es que no siempre hace antesala.

Había conversado con él largamente. Su charla no había perdido nada de su ironía y espiritualidad característica.

—Querido amigo, me dijo, estoy de viaje al mundo de los más bellos paisajes. ¡Lástima que no pueda pintarlos y venderlos a mis compatriotas que tanto los estiman!

Y después de un momento de silencio, añadió:

—Toda mi fortuna se la dejo a Ud. Esa fortuna es mi paleta y mis pinceles; guárdelos como un recuerdo del amigo que tan profundamente lo ha estimado.

Le dí las gracias y le estreché la mano, y como le creía fatigado le dejé tranquilo. Su esposa se había acercado a su lecho.

En la tarde de ese mismo día, un amigo me dijo en la calle:

—¿Sabes la noticia? Ha muerto Smith!

No presté completo crédito a la triste nueva y me dirigí a su casa. Era cierto. Había muerto una hora después de mi partida, tranquilo, casi indiferente, sintiendo sólo vagos dolores que se calmaban a fuerza de soporíficos; pero sin manifestar el menor espanto, sin ninguna agonía. Había concluido como una luz que se apaga de un soplo.

El cadáver estaba ya frío y yerto. No surcaba por esa cabeza, que tantas veces iluminó la inspiración, ninguna de esas tiernos y poéticas concepciones de que nos ha dejado copias inmortales. Un amigo, un artista como él, un escultor célebre, una gloria nuestra, Nicanor Plaza, se preparaba a extender una capa de yeso sobre el rostro del difunto para sacar su máscara...